

de frases de ornamento, como aquellas nuevas frutas á cuya formacion y madurez sirve un espeso ramage de estorbo.

No podemos concluir sobre este discurso de Toussaint Guiraudet, sin notar el filosófico desprecio que este hace en él de los documentos de una embajada que Maquiavelo desempeñó, el año de 1520, en nombre de la república de Florencia, cerca del capítulo general de los padres menores observantes, reunidos en Carpi. A pesar de la gana suya de multiplicar los volúmenes de su traduccion, que él alargó hasta nueve, miéntras que las obras de Maquiavelo tienen seis únicamente, dejó á un lado estos documentos que le parecian estar en mucha oposicion con el espíritu anti-religioso de nuestra edad. Al dar cuenta del sacrificio que él le hace, cita con complacencia algunas frases antimonacales, de una carta de Guichardin á Maquiavelo en aquella ocasion. Este le escribia; « cuando veo el titulo de Vm. de orador

republicano al lado de los frailes, y contemplo con cuantos reyes, duques y príncipes ha negociado, se me viene á la memoria Lisandro, quien á continuacion de infinitas victorias, y lleno de inmortales trofeos, tuvo el encargo de distribuir la carne á aquellos mismos soldados á los que él habia mandado tan gloriosamente ».

Pero Guiraudet se guardó muy bien de trasladar la réplica de Maquiavelo, no menos respetuosa para con los religiosos que honrosa para él mismo. « No discurre, respondia á Guichardin, haber malogrado el tiempo en estudiar la historia y república de los religiosos, aun mendicantes (*zoccoli*), supuesto que he aprendido á conocer muchas reglas y estatutos suyos, que son primorosos en muchos puntos; y espero sacar mi provecho de ello en la ocasion, aunque no fuera mas que para compararlos con otros que pertenecen al

orden civil de los estados (1) ». Así armado sinceramente del amor de lo útil el hombre de ingenio, por mas filósofo que él sea, no menosprecia cosa ninguna, y sabe utilizarse de las buenas, hállese ellas en el lugar que se quiera.

El discurso con que vamos á dar principio nosotros mismos á la publicacion de lo mas notable y útil que Maquiavelo escribió, no tendrá á lo menos el defecto de llevar impreso en sí el sello de la filosofía anti religiosa de nuestra edad, ni de aquel republicanismó de que ella se formó un negocio de cálculo y un medio de triunfo. Nuestra mira se dirigirá á impedir que los lectores se extravíen en la interpretacion de las máximas de este insigne estadista, y á fijar rectamente su opinion relativa á él. Procuraremos mostrar con evidencia la utilidad de su doctrina para la situacion

(1) Tom. XI de la edicion de Florencia, 1782, pág. 74.

en que á la sazón se hallaba la Italia, y aun tambien para todas las circunstancias parecidas en que estuviesen otras naciones assoladas por una tremenda anarquía de la que quisieran salir ellas. Nuestro exámen sobre las diferentes épocas en que esta doctrina fué desacreditada, como tambien sobre aquellas en que jueces competentes llegaron á vengarla, hará comprender fácilmente que sus detractores tuvieron motivos personales, ó fueron zeladores de revoluciones antimonárquicas, y que sus apologistas fueron hombres honrados, profundos en política, enemigos del desorden, y defensores, por esto mismo, de la única autoridad que pueda contener y gobernar bien los vastos imperios. Nuestro discurso presentará, sobre las vicisitudes que las obras de Maquiavelo experimentaron en la opinion pública, nociones curiosas, puntuales y ciertas, que ni aun esparcidas se hallan en las obras francesas, y que no se encuentran reunidas en ningun libro italiano.

En la publicacion que vamos á hacer del manuscrito de Buonaparte, pondrémos en la parte inferior de las páginas las anotaciones que este hombre singular escribió en él y las notas que el texto nos ha parecido exigir, agregándoles, aunque no fuera mas que para conservarlas, aquellas con que Amelot de la Houssaie enriqueció su traduccion del *libro del Príncipe*. Las nuestras abrazarán la explicacion de ciertos hechos casi ignorados de la historia de Italia, que este tratado recuerda. En cuanto á los otros que las personas de instruccion deben conocer, ó sobre los que pueden consultarse fácilmente nuestros libros históricos en que hallan insertados, nos tenemos por dispensados de mentarlos. Así, no nos creerémos precisados á decir, que aquel arzobispo de Ruan, citado por Maquiavelo, es el cardenal Jorge de Amboise, que fué gobernador del reyno de Francia en tiempo de Luis XII, y tuvo el mayor

influjo sobre el ánimo y resoluciones de este monarca (1).

(1) No será en balde sin embargo, para hacer comprender el papel que este cardenal va á hacer en este libro, el recordar aquí lo que refieren las historias eclesiasticas con respecto á él. « Como este ministro tenia un sumo ascendiente sobre el ánimo del rey, como él habia sido ya causa de que Louis XII diera á César Borgia, hijo del papa Alejandro VI, el ducado de Valentinois, con una cuantiosa pension, y que estaba dispuesto siempre á favorecer las intenciones del papa con la esperanza de sucederle por valimiento del duque, que le habia hecho promesa de ello; se dirigió á él Alejandro para lograr que este monarca le ayudase á arruinar enteramente la familia de los Ursinos. Aunque ella era inclinada á los intereses de la Francia, y gozaba, con justos motivos, de la proteccion de esta, consiguió el cardenal persuadir al rey, que él no llegaria nunca á recuperar el reino de Nápoles, segun lo deseaba, si no contentaba al papa sobre esta nueva solicitud. Quedaron pues los

No hicieron mas que dar una prueba mas de la ligereza de su espíritu y de lo aéreo de sus conocimientos políticos, los que creyeron hallar un nuevo medio de hacer odioso á Buonaparte dando á co-

Ursinos abandonados, y aun sacrificados á la política de Alejandro, sin que á su muerte, pudiera lograr sucederle el cardenal. En balde pasó este á Roma para el cónclave, al que hubieran podido decidir en favor suyo, las tropas francesas, que hasta entónces habian permanecido en esta ciudad; pues se dejó persuadir del mañoso cardenal Juliano de la Rovere al alejarlas, para no mostrar semblante de querer embarazar los votos. Juliano de la Rovere no se hizo elegir entónces, como lo ha supuesto una biografía moderna, sino que gustó mas de exaltar á la santa sede á un cardenal ancianísimo, y poco menos que moribundo, Francisco Piccolomini, que, de allí á veinte y cinco dias, le cedió el puesto, que ocupó él mismo con el nombre de Julio II. » (*Compendio cronológico de la Historia ecles.*, tom. II, pág. 254, año de 1505.)

nocer el juicio suyo sobre nuestro autor. Este juicio es en substancia aquel mismo del sensato Justo Lipsio. Si Buonaparte decia: « Tácito compuso novelas, Gibbon es un vocinglero, Maquiavelo es el único libro digno de leerse »; es á causa de que él le habia leído mejor que ninguno de nosotros, y como un hombre mas capaz de comprenderle no solamente con motivo de su origen italiano, sino tambien como natural de una isla en que la juventud devora por gusto los antiguos autores italianos sobre esta materia. Profundizó el sentido suyo con tanto mas empeño, cuanto sabia discernir en él todo lo que un particular como él, con la ambicion que le traia desvivido, debia obrar para llegar á ser príncipe y afirmarse en su principado despues; y todo lo que pudiera hacer recuperar ó perder otra vez al legitimo soberano un trono anteriormente perdido. Lo reconocemos patentemente en sus anotaciones, las cuales son para nosotros la

confidencia históricamente progresiva de su vida secreta, de los impulsos de su ambiciosa alma, y de los proyectos de su exaltada cabeza. Únicamente su mano era capaz de pintarle, como él lo está aquí; porque únicamente él podía conocer, en su primitiva erupcion, sus ideas, sus afectos, y rápida sucesion suya, tales como aquí están trazados. Se ve en ello la semilla de sus designios y miras, aun ántes que ella hubiera producido. La perversidad de su corazon se vió aquí desnuda, siempre que él encontró á Maquiavelo hermanando la moral y honradez con la politica. ¡ Vease como se indigna contra este gran maestro, cuantas veces él insiste sobre la necesidad de ser querido mas bien que aborrecido, de obrar primero como buen príncipe que como tirano! quanto le presentaba su condenacion, declarada anticipadamente por Maquiavelo, le inclinaba á ultrajarle; y no podemos menos de sonreirnos, cuando le vemos resistirse con ira contra ciertos

consejos de este estadista cuya cordura y justicia repugnaban á sus fieras inclinaciones.

Sin duda se notará alguna incoherencia entre aquellos fogosos pensamientos que se le soltaban á su alma turbulenta; pero no causarán ellos extrañeza á los que saben que la politica en accion no puede meno de variar sus sistemas, planes, y modos de obrar segun las circunstancias, que son muy variables de sí mismas. Pero volverá á hallarse el mismo genio en estos pensamientos, por mas disparatados que puedan ser. Se dan á conocer todos ellos por hijos de un mismo padre, y descubren á porfia todos su origen, con la única diferencia de que escritos en diversas épocas de su vida pública, indican en particular la naturaleza de la pasion del momento con la resolucion que ella le movia á tomar. Reducidas estas épocas á cuatro principales, son: 1.º el tiempo de su generato que le sirvió de preparacion para la

soberanía; 2.º el tiempo de su reinado consular; 3.º el de su reinado imperial; 4.º finalmente los diez meses de su mansión en la isla de Elba. Seguirá á cada una de estas anotaciones una señal indicativa del tiempo en que fué escrita; las de la primera época tendrán la letra G; las de la segunda llevarán, R. C.; las de la tercera, R. I.; y últimamente las de la cuarta, la letra, E. Entre todas estas notas, hay algunas que el afecto penoso con que ellas nos conmovían, nos inclinaba á borrar; pero diferentes sugetos, llenos de prudencia y honradez, nos determinaron á conservarlas, por la razon de que son aquellas mismas que contribuyen mas á hacer tan aborrecible á Buonaparte como él debe serlo. Por otra parte, con semejantes supresiones hubiéramos causado perjuicio á la integridad de la pintura de su infernal política, supuesto que hubiéramos cercenado el indispensable complemento suyo.

Refiriéndose así todas las diversas ano-

taciones de Buonaparte á diferentes circunstancias, á diferentes situaciones políticas, formarán realmente un comentario útil, en cuanto harán discernir sin equivocacion lo que Maquiavelo no dijo mas que para los *nuevos principes*, y lo que dijo para los demas, especialmente para los que vuelven á entrar en sus usurpados estados. Toda la substancia de su doctrina va á hallarse en el presente volumen en que, despues del famoso *libro del Principe*, se hallarán los pasages mas interesantes de algunas otras obras suyas, y particularmente de sus profundos discursos sobre las *decadas* de Tito Livio (1), prescindiendo

(1) En esta obra leyeron Montesquieu y J. J. Rousseau lo que ámbos escribiéron de mas juicioso. El abate de Vertot le es mas particularmente deudor de aquellas ideas profundas é instructivas que forman el principal mérito de sus *Revoluciones romanas*. El abate Conti, Italiano, que se hallaba en Paris al salir á luz ellas, escribió al celebre marques Maffei de Verona:

de lo que de ello vaya citado en el discurso preliminar.

Creemos no lisonjarnos mucho diciendo que no existe ninguna edicion de sus obras que pueda, tanto como este simple volumen, habilitar á los lectores para conocer bien la extension y profundidad, la prudencia y sagacidad de un ingenio que, en el sentir de Algarotti, « fué en política y en las cosas de estado, lo que Newton es en conocimientos de las ciencias físicas y arcanos de la naturaleza (1) ».

En 18 de setiembre del año de 1815.

« Habrá leído Vm. la *Historia de las Revoluciones romanas* del Abate de Vertot. Ha reducido á sistema las reflexiones sueltas, que el secretario de Florencia hizo sobre Tito Livio, pero sin profundizarlas bastante á veces. (*Opere dell' abbate Conti*, tom. II, pág. 112.)

(1) *Opere di Algarotti*, Cremona, tom. IX.

DISCURSO SOBRE MAQUIAVELO,

Considerado como asegurando á los soberanos contra las revoluciones, como domando la anarquía y afirmando los tronos.

EN esta edad de turbulencias y calamidades en que el error dejó tan cruelmente burlada la ignorancia, parece haberse transformado el nombre de Maquiavelo en el de una sistemática reunion de los mayores crímenes. Los horrendos procederes de una maldad que se encamina hácia sus fines por la via del fraude, la falta de fe, la violencia y asesinato, no se llaman ya mas que *maquiavélicos*; y el infernal arte de conducir á los hombres á su ruina engañándolos, aquel arte tan desgraciadamente perfeccionado en nuestros dias, parece no haber existido nunca mas que con la denominacion de *maquiavelismo*.

El nombre de Maquiavelo sin embargo